

Solo dos críticas marginales le hacemos a este libro de José María Rojas. Una primera crítica con relación a dos alusiones genéricas que hace sobre los historiadores, cuando dice que estos suelen absolver o condenar a los protagonistas (pág. 37) y cuando sostiene que “los historiadores han exaltado el valor, el arrojo y el heroísmo de los conquistadores, idealizando su espíritu guerrero (...)”. Y cuando la atrocidad de los horrendos crímenes cometidos era inculcable e injustificable, se apeló a la leyenda del bajo origen de los combatientes e, incluso, a su condición de delincuentes comunes en España.

Nada de todo esto se ajusta rigurosamente a la verdad histórica” (pág. 43). Esta es una generalización discutible porque mete en un mismo saco a todos los historiadores, cuando hay trabajos extraordinarios que han denunciado, con un tono similar al usado por Rojas, el genocidio del siglo XVI. Entre esos trabajos vale recordar el de Laurette Séjourné, *Antiguas culturas precolombinas*, o el de Josefina Oliva de Coll, *La resistencia indígena ante la conquista*, o los de Eduardo Galeano, *Los nacimientos y Las venas abiertas de América Latina*. Una segunda crítica se refiere a la poca información secundaria que se emplea en la reconstrucción de los primeros capítulos y que se reduce casi en forma exclusiva al libro de Rodolfo Puiggrós, *La España que conquistó el Nuevo Mundo*, una obra del decenio de 1960, cuando desde entonces han aparecido nuevas investigaciones sobre este asunto que ameritarían su incorporación en la interpretación reseñada, entre las que podemos mencionar el libro de síntesis de Juan Carlos Garavaglia y Juan Marchena *América Latina. De los orígenes a la independencia I. América precolombina y la consolidación del espacio colonial*. Estas son cuestiones más bien formales, que no le restan vigor ni sustancia a la obra comentada, cuya principal contribución radica en volver a emplear el lenguaje directo y combativo que debería caracterizar a los análisis sociales e históricos.

Renán Vega Cantor

Profesor titular,

Universidad Pedagógica Nacional

Dos tesis convertidas en un libro

Esclavos, negros libres y bogas en la literatura del siglo XIX

MARÍA CAMILA NIETO VILLAMIZAR
Y MARÍA RIAÑO PRADILLA

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (Ceso), Bogotá, 2011, 266 págs., il.

EN ESTE libro se reúnen dos tesis de grado en historia, cada una de ellas independiente, aunque tengan alguna relación temática entre sí. Esas dos tesis son: *Imágenes de negros y zambos en María y el Museo de cuadros de costumbres*, de María Camila Nieto Villamizar (págs. 7-138) y *Los bogas del río Magdalena*. Relaciones de poder en el texto y en el contexto, de María Riaño Pradilla (págs. 139-266). En ese sentido, sería necesario hacer una reseña por separado de los dos textos, porque cada uno tiene su propia lógica interna. Sin embargo, por cuestión de espacio, se consideran como si fueran un solo texto porque los editores las han convertido en un solo libro.

Para comenzar vale destacar que en el mundo académico de hoy, mercantilizado al extremo, las tesis de grado están en vías de desaparición y han sido suprimidas por aquello de que se gradúa rápido al que más pague, sin que se interpongan obstáculos —como los son las tesis— que impidan que las universidades privadas vendan títulos a granel. Incluso, como expresión concreta de la mercantilización educativa, algunas universidades venden “combos académicos”, en los cuales, como en las hamburguesas, se ha McDonalizado el saber y se ofertan títulos dobles o triples, de tal manera que en cuatro años los estudiantes obtienen, por ejemplo, diplomados de literatura e historia, sin que al final sepan mucho ni de una ni de otra disciplina. Lo que resulta excepcional radica en que se escriban tesis y las que se elaboren sean medianamente coherentes y legibles. Esto es lo que sucede con los dos trabajos de grado de este libro que, aunque tienen el carácter provisional de una tesis

de pregrado, por lo menos se pueden leer porque están bien ordenadas, son coherentes y fueron bien redactadas.



El objetivo central de las dos tesis comentadas se concentra en desentrañar los mecanismos de representación racial de las elites criollas decimonónicas, así como de los viajeros nacionales y extranjeros. Para descubrir el racismo abierto o simulado de los sectores dominantes se acude al estudio de una novela, *La María*, y de varios escritos del *Museo de cuadros de costumbres*, así como de otro tipo de obras costumbristas y relatos de viajeros. A lo largo de tres capítulos en cada tesis se insiste en que, tras la abolición de la esclavitud en la Nueva Granada a mediados del siglo XIX, las elites ratifican su visión racista de los sectores subalternos, como los afrodescendientes, los indios y los zambos. Ese racismo se sustenta en el prejuicio de pretendida superioridad de la “raza blanca” sobre las demás, a partir del cual se presenta el panorama de disputa entre “civilización y barbarie” que tanto afaná a las clases dominantes de América Latina después de la Independencia, preocupadas como estaban de imitar a toda costa a los europeos como prototipo civilizador por excelencia.

El discurso racial se basa en el establecimiento de una relación estrecha entre clima, raza y civilización, que simplemente constituye una reproducción de las imágenes construidas desde Europa en el siglo XVIII y que fueron asumidas de manera plena por diversos próceres de la Independencia. Ese discurso afirma que existe una correspondencia, en el suelo americano, entre el salvajismo y la

barbarie y los climas cálidos, en donde habitan sobre todo los afrodescendientes y a medida que se asciende y se llega a otros pisos térmicos se alcanza la civilización, que se encarna en los blancos criollos. El principal interés de estos estriba en civilizar a las razas inferiores mediante el blanqueamiento, la única manera de dejar atrás la barbarie. De ahí se deriva el objetivo de construir una "nación mestiza" —uno de los mitos de vieja data imperantes en la sociedad colombiana— en la cual desaparezcan las razas inferiores, en la medida en que se mezclan con las razas superiores y se blanquea la raza.

Estos aspectos son ilustrados en los dos textos con citas extraídas de autores representativos del siglo XIX, tanto colombianos como extranjeros. Afirmaciones racistas como las que hace el político José María Samper, continuamente referenciado en uno de los textos, eran normales en ese momento, cuando estaba al orden del día el proyecto de construir una nación a semejanza de lo que se hacía en Europa o en los Estados Unidos, negando que los sectores subalternos pudieran contribuir a construir esa nación, porque su barbarie congénita se lo impedía. En forma paradójica, el racismo se encubre con la imagen de una armonía racial, cuyo objetivo principal radica en garantizar fuerza de trabajo por parte de los afrodescendientes en las labores más duras, como las que realizan los bogas en el río Magdalena y en otros ríos del país. Ese racismo acude a la metáfora de una gran familia, como imagen de la nación que se quiere construir, en la que están presentes desde los adultos responsables hasta los niños irresponsables. Los primeros corresponden a los hombres civilizados que pueden seguir su propio devenir, sin tutela alguna, mientras que los segundos corresponden a los seres inferiores que necesitan de la orientación de los civilizados como condición para salir de su atraso, porque los niños requieren de cuidados y atenciones para superar sus limitaciones y alcanzar algún día la grandeza de la superioridad. El mito de la armonía racial, propio de la idea de Colombia como una nación mestiza, persiste hasta la actualidad y se ha constituido en uno

de los sofismas más frecuentes de la "democracia colombiana" que, como en el pasado, oculta las terribles desigualdades sociales y económicas, encubiertas con el manto de un crisol de razas que han convivido de modo pacífico entre sí, lo que marcaría la diferencia de la historia colombiana con relación a las de otros países latinoamericanos.



Al estudiar a los bogas, trabajadores negros o zambos que conducían embarcaciones por el río Magdalena, se palpa de manera concreta el racismo de las elites nacionales y extranjeras. Eso se evidencia, en primer lugar, con la amplia producción literaria que en la segunda mitad del siglo XIX se produjo sobre este "tipo racial", lo cual era resultado no de una preocupación etnográfica o investigativa, sino del hecho ineludible que todo el que quisiera entrar o salir de Colombia debía recorrer forzosamente el río Magdalena y, ante la inexistencia de otras formas de transporte, estaba obligado a recurrir sin alternativa al trabajo de los bogas. A pesar de su indudable utilidad como fuerza de trabajo para llevar y traer viajeros "blancos", no es a eso a lo que se refieren de forma primordial los viajeros, sino a que el boga representaría un ejemplo concreto del atraso, salvajismo, barbarie y falta de civilización de los sectores subalternos, lo cual se encontraba ligado a la apreciación coetánea de una naturaleza salvaje, inhóspita e insoportable. Por eso, los viajeros no consideraban a los bogas como expresión de una cierta forma de cultura, sino simplemente como una mani-

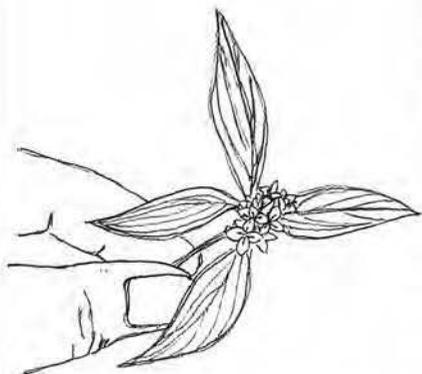
festación de la naturaleza tropical, en sí misma salvaje y hostil. La imagen del desierto representaba esta percepción de la naturaleza, ya que los viajeros se repetían a menudo al afirmar que en esa naturaleza salvaje no habían ni seres humanos ni civilización, porque para comenzar los bogas eran inferiores y, además, en la visión mercantil de la selva, no importaba su belleza, sino la cantidad de recursos y riquezas que de allí se podían extraer.

Esta racialización de los bogas aparte de todo era muy fatalista pues sostenía que nada se podía hacer para cambiar dicha situación, porque como cada raza estaba ligada a una geografía particular, el paisaje natural condenaba a los bogas a ser salvajes, como se demostraba con todas sus costumbres, tradiciones, música, comida, forma de hablar, en la que los viajeros europeos o europeizantes veían siempre no la diferencia y riqueza cultural, sino el odio y la imposibilidad de entender la diferencia, y de ver al otro, como un ser humano, con sus propias formas de organización social y cultural. Si el boga se pudiera regenerar previamente habría que alterar su ardiente geografía magdalenense, dotarla de ciudades, construir puentes, desecar pantanos e imponer la civilización, lo cual, por supuesto, requería de mucho tiempo y energía por parte de quienes se consideraban a sí mismos como los portaestandartes de la "civilización" y el "progreso".

Ahora bien, las autoras demuestran que tanto la literatura como las crónicas de viaje antes que ayudarnos a entender a los sectores subalternos, entre quienes se encontraban los bogas, nos proporcionan información sobre la ideología de las elites durante el siglo XIX, su racismo inveterado, su eurocentrismo, su discriminación y, si se nos permite un término que las autoras nunca utilizan, sus percepciones de clase.

Lo que resultaba insoportable para el viajero no era solo la duración del trayecto de atravesar el río Magdalena, lo que podía durar más de tres meses en el mejor de los casos, sino convivir obligado con los bogas, y tener que aguantar su comportamiento libre e independiente, sus

gestos altaneros, su hablar sonoro, su música y danzas, su desobediencia e indisciplina. Con todo eso, el viajero confirmaba que con esos bogas, que lo llevaban por el Magdalena, nada se podría esperar para el futuro de Colombia, si esta quería convertirse en una nación civilizada de verdad. El espejo en el que se miraban los “civilizados viajeros” para examinar a los “salvajes bogas” era el de su propio bienestar material y sus patrones culturales, presentados para sí mismos como superiores, sin discusión alguna. En este sentido, todo lo del boga era la expresión de su atraso, desde su configuración racial y fenotípica (color de piel, forma del pelo y de la boca), hasta sus costumbres y sus actitudes morales, presentadas como propias de los zambos degenerados y lujuriosos. Esta idea era una constante entre los viajeros, que competían por alcanzar un mayor desprecio racista hacia los bogas, pero sin los cuales no podrían viajar por el Magdalena.

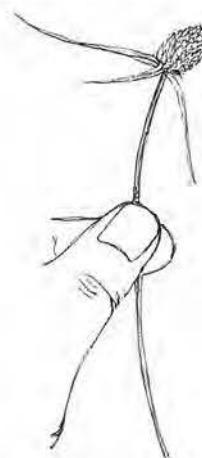


Estas son algunas de las ideas centrales halladas en los dos textos que componen el libro comentado y las cuales se apoyan en una cantidad significativa de citas textuales, con las que se demuestra el racismo de las élites colombianas y el de los viajeros del siglo XIX. En dicho aspecto, en general, se ha hecho una interesante aproximación a la representación e imaginario racista de esos sectores, siguiendo las sugerencias de varios autores que han incursionado en el tema (como Peter Wade, Alfonso Múnera y Nancy Appelbaum, entre otros).

Para concluir, es necesario señalar dos limitaciones de estos escritos.

Por una parte, una cuestión insostenible del mundo académico se reproduce en estas dos tesis convertidas forzosamente en un libro, como es la relacionada con la *dependencia referencial*, por lo cual queremos señalar esa manía de estar mencionando en todo momento títulos y autores. En concreto, ello se expresa en las dos tesis comentadas en las continuas alusiones de este tipo: como dice tal autor, como señala x o y, como afirma, como indica, como precisa, como muestra, como explica... Todas estas muletillas se repiten de manera tan frecuente que aburren al lector. Esto, aparte de denotar una profunda inseguridad en afirmar un pensamiento propio, es muestra de un culto a ciertos autores y libros, que bien puede evitarse, en provecho del lector.

Por otra parte, ambas tesis tienen una limitación factual, porque pese a ser trabajos de historia, adolecen de la consulta de fuentes primarias sobre el siglo XIX. Para negar esta limitación podría aducirse que las fuentes primarias que se utilizan son la novela *La María*, el *Museo de Cuadros de costumbres* y las crónicas de los viajeros. Sin embargo, en una investigación historiográfica sobre la percepción racial de las élites decimonónicas no deja de sorprender que no se cite un solo documento de archivo o alguna noticia de prensa. Con ello queda la sensación de que estas historiadoras y literatas jamás pisaron ni una biblioteca pública ni el Archivo General de la Nación, lo cual se confirma con el hecho que las pocas fuentes primarias citadas, distintas a las obras literarias analizadas, son enlaces electrónicos. ¿Cómo es posible que en la primera tesis, la de María Camila Nieto, se hable de *El Mosaico*, una revista que se publicó durante varios años y ni siquiera se le haya consultado en forma directa en la Biblioteca Nacional? (págs. 9 y siguientes). ¿Cómo se explica que suceda lo mismo con *El Eco Literario*, *El Álbum*, *El Neogranadino*, publicaciones que se mencionan porque algunos de los autores citados hablan de ellas, pero que ni siquiera se tuvo la elemental precaución de consultar en forma directa en una hemeroteca? (pág. 16).



Consultar enlaces electrónicos sería aceptable para alguien que no viva en Bogotá y que deba hacer su trabajo con serias limitaciones documentales; pero en personas que estudian en una universidad del centro de Bogotá, a quienes la Biblioteca Nacional y el Archivo General de la Nación les quedan a unas cuantas cuadras, no deja de ser un hecho revelador de la manera como se está formando a los historiadores, con pura literatura secundaria y sin ningún trabajo serio y riguroso de archivo, además que esto expresa como la mercantilización educativa —o sea, la venta de títulos— lleva a que no se exija rigor documental, y a que los historiadores cada vez consulten menos fuentes y crean que toda la información histórica se encuentra *googleando* y sin salir de la casa.

Renán Vega Cantor

Profesor titular,

Universidad Pedagógica Nacional

Mucho ruido y pocas nueces

Los sucesos del 9 de abril en Cali y el Valle del Cauca. Historia de un proceso social

CARLOS ANDRÉS CHARRY JOYA
Universidad Libre, Cali, 2010, 231 págs., il.

EL 9 de abril de 1948 y el gaitanismo se han constituido en acontecimientos históricos que, por su impacto y significación de largo plazo en la sociedad colombiana, han suscitado el interés de investigadores nacionales